

Para D. Luis Montoto.... que ya
es nombre.

Juan F. Muñoz Rabon

+ Para mi primo Luis Inca-
toto y S. de la Hoquela, con
todo mi afecto,

Castor

MUÑOZ PABÓN, PREDICADOR



R-90577

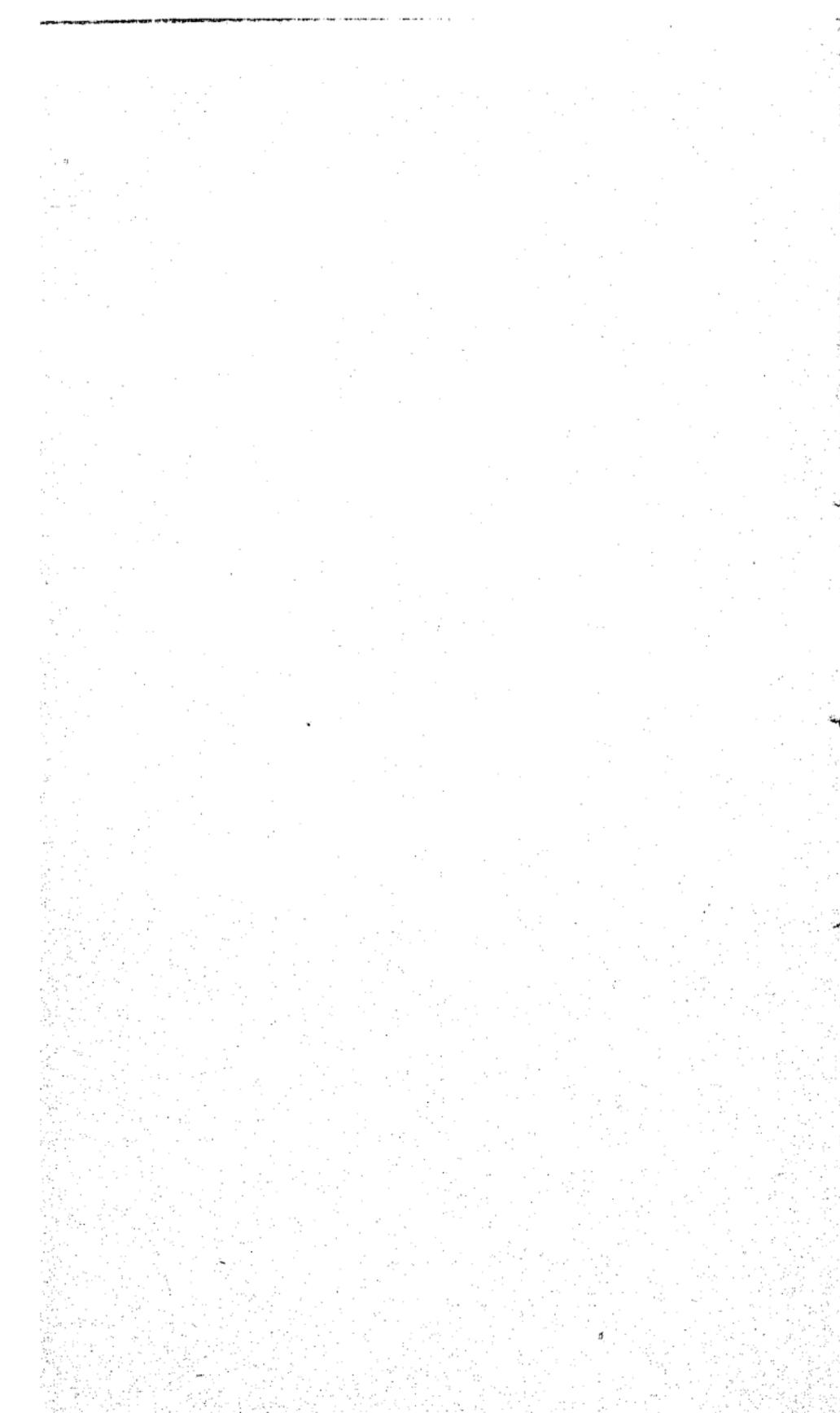
MUÑOZ PABÓN,
PREDICADOR

POR

CÁSTOR MONTOTO DE SEDAS
(GUSTAVO LUIS)

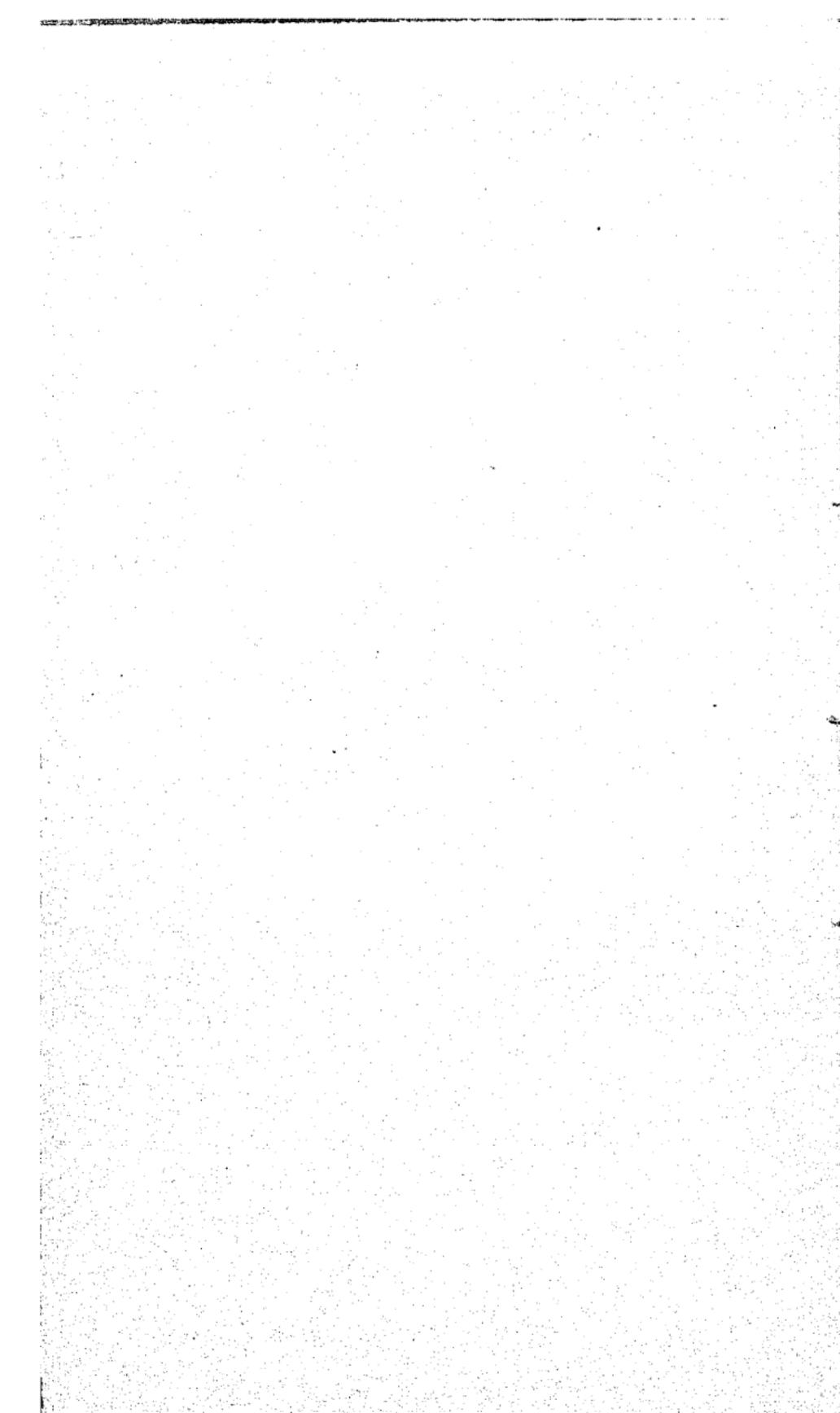


SEVILLA
IMP. SOBRINO DE IZQUIERDO
Francos, 43-47



A la venerable memoria
de mi padre.

Cástor

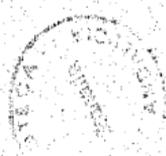


I

Notas de un fiel auditor

No podrá formarse cabal idea de la personalidad literaria de don Juan Francisco Muñoz y Pabón quien desconozca sus sermones, quien no estudie la modalidad de su oratoria. Acaso el ilustre hijo de Hinojos para nada tuvo tan felices disposiciones como para predicador, y tal vez las homilias predicadas en los últimos años de su vida sean sus obras cumbres, y sin embargo en este aspecto, tan a propósito para ahondar en su psicología, y sobremanera literario, ya que, como enseña el doctísimo jesuíta Padre José Manuel Aicardo (1), «literaria se ha de llamar la predicación

(1) *De literatura contemporánea*. J. M. Aicardo. 2.^a edición, página 203.



por el misterio de su ser», apenas se ha detenido la crítica. Del novelista, del poeta y del costumbrista escribieron algunos; pero ¿quién estudió al predicador?

EN MUÑOZ PABÓN PREDICADOR, se recogen y condensan todas las aptitudes del poeta, del hombre de fantasía, del narrador, del hablista. Su espíritu no dió un testimonio más claro de sí propio que el que se contiene en las bellas pláticas, en los elegantes panegíricos... ¡Vibraciones de su alma limpia, delicada y noble! ¡Revelación de lo más hondo, íntimo y sagrado de su ser: su sentir religioso!

Van pasados casi dos lustros de su muerte, y al contemplar al pensador a través de sus oraciones sagradas, ¡cómo se agiganta su figura! Es que don Juan Francisco, literato excelso, artista consumado, era ante todo sacerdote, y sus extraordinarias facultades hallaban su marco adecuado en el púlpito.

Evidente es de todo punto, que si

nuestro llorado amigo, como novelista y como poeta tiene personalidad singularmente definida, aún está más individualizado como predicador. Ciertamente que sus versos y su prosa profana, por así decirlo, son tan personales, que donde quiera que se coloque una página de ellos clamará por su autor. Pero aún es más característico el timbre del orador: la primera frase, el primer gesto, la mera colocación de la figura lo delata. Y nótese que precisamente el púlpito es la tribuna donde se hace más difícil la originalidad; la fuerza abrumadora de la tradición, el peligro que entrañan las innovaciones, la repetición de los temas y la pasividad del auditorio son acicate para la rutina.

Imposible agrupar a este orador dentro de escuela alguna; su recia personalidad sacudía toda influencia; no se prestaba su temperamento a los aprendizajes disciplinados; rompía todos los moldes su espontaneidad; su oratoria es algo aparte de la de sus contemporá-

neos en la factura de la composición y en la manera de exteriorizarse.

Ello no obstante, Arbolí y Faraudo tuvo en su formación una influencia decisiva. Cuando ingresó, tierno niño, Juanito Muñoz en el Seminario de Sevilla, era reputado don Servando por uno de los más ilustres oradores de España. Juanito debió mirarlo con admiración, si no con asombro, y al escuchar su voz en el púlpito de la grandiosa catedral hispalense, el niño artista de nacimiento sentiría emociones hasta entonces desconocidas, quedaría absorto ante aquel prodigio de elocuencia; el calor de las grandes impresiones sacudiría su exquisita sensibilidad... Acaso las lágrimas bañaran sus hermosos ojos, conmovido con la patética palabra de aquel coloso de la oratoria sagrada. Sus gestos y ademanes, la traza de su figura y más aun el tono de la peroración se grabaron de modo indeleble en su espíritu.

La influencia del maestro fué más fuerte aun desde la cátedra. Durante

todo un curso tuvo Arbolí por discípulo a Juanito en la Patrología, y Arbolí siempre orador lucía en el aula los esplendores de su maravilloso verbo. Para buscar, pues, un precedente en su modalidad oratoria es necesario remontarnos a su maestro. Quien hubiese escuchado a los dos, seguramente hallará la semejanza. Pero no se crea por ello que Muñoz y Pabón es un discípulo que sigue por entero a su maestro. Don Juan Francisco ni sospechaba siquiera esta influencia. Si la hubiese advertido, a buen seguro que trata de ahogarla. Odiaba el plagio. Su arte es algo personalísimo, y si bien don Servando le sobrepujaba en grandilocuencia y brillantez, en el dominio de los sagrados textos y en el gusto en la elección y composición, el lectoral de Sevilla, a más de aventajarle en facultades físicas, con su portentosa fantasía le pasaba de vuelo en originalidad y colorido.

Repitámoslo: su oratoria destaca completamente de la de sus contemporáneos,

tanto en la factura como en la expresión. Imposible encontrar semejanzas, aparte la dicha, con ninguno de los grandes predicadores a quienes él escuchara. Ni Sanz y Forés, ni Rubio y Contreras, ni don Marcelo Spínola, cuyos sermones son modelos en fondo y forma; ni Fray Ambrosio de Valencina, gran amigo y panegirista de su obra; ni el jesuita padre Miguel Sánchez Prieto, orador de subida doctrina ascética y ponderada dicción, al cual tanto debe la Sevilla piadosa y honrada, ni, finalmente, sus compañeros de Cabildo don José Roca y Ponsa y don Bartolomé Romero Gago, decoro ambos del clero sevillano, y ambos a dos elocuentísimos, trazaron su rumbo.

Dios, que lo llamó al sacerdocio y le hizo sentir una vocación sin sombras ni vacilaciones, le dotó de sobresalientes cualidades para predicar la divina palabra. Espejo de sacerdotes, de vida irreprochable, no sólo supo ser bueno y digno, sino que en todo momento logró que

el pueblo le estimase como tal. La paz de su espíritu rectilíneo se dibujaba con rigurosos perfiles en su semblante. Sus ojos puros, que brillaban potentes bajo las redondas cejas, hablaban el inconfundible lenguaje de la castidad. Aquella figura que respiraba bondad y simpatía, hacía amable a sus oyentes la doctrina verdadera que es vida y salud. Cierto que si a don Juan Francisco para ser el «vir bonus» de Quintiliano nada faltaba, a su elegante escorzo de orador podía también atribuírsele la «eloquentia corporis». *Sus manos hablan*, dijo una cultísima señora, con frase feliz, refiriéndose a las de nuestro amigo, y pudo completarse el dicho, porque todo su ser hablaba. Dios lo hizo orador.

Junto a su ingenio vivacísimo y agudo, su palabra dúctil, su temperamento de artista; a par de su poderosa retentiva, su delicada sensibilidad, y complementándolo todo, una dicción clara y transparente, una modulación grata, una voz cristalina, con riquísima gama

de matices, con claroscuros y tonalidades insuperables.

¡Mímica triunfadora la suya! Todos los cambiantes de su exquisita sensibilidad tenían cifra exacta en la movilidad de su fisonomía, en sus elegantes ademanes, en las inflexiones de su hermosa y agradable voz, y en el claroscuro de su decir culto y pintoresco. Diríase que su espíritu de artista matizaba con luz especial no sólo cada período, sino cada frase, cada palabra, llegando para dar más realce a ésta, hasta el punto de desligar, por así decirlo, sus sílabas. Sólo declamador tan incomparable y artista tan consumado pudo salir airoso en tan difícil empeño!

No, no entraba ciertamente nuestro predicador en el grupo que causaba en su tiempo rubor al gran padre de la Iglesia San Agustín, formado por aquellos que narraban difusa, oscura e infelizmente. El huyó del vicio de que adolecen muchos oradores sagrados contemporáneos: la exagerada, la inter-

minable amplificación. Hojeando los originales de sus sermones se adquiere el convencimiento de que le sobraban ideas, y no suplía su falta con repeticiones innecesarias.

Sus piezas todas de oratoria son organismos perfectamente articulados y proporcionados, en los que cada parte tiene el conveniente desarrollo. Sin ser ni muy dialéctico, ni muy didáctico, había en todo su discurso un principio de unidad, y tendían por entero sus pensamientos a la presentación y probanza de la idea capital expuesta. En sus panegíricos, si a ratos poetizaba, si lozanaba a veces su fantasía era después de un depurado estudio psicológico en el que analizaba prolijamente la vida del Santo festejado, haciendo su disección.

Sabía dar al discurso calor y color de vida, porque a todos sus períodos imprimía un movimiento natural. He dicho período y no encaja este nombre bien en su oratoria. No era orador de perío-

dos. Su oración constaba de una sola estrofa, de un solo párrafo, pero reposado, lento, majestuoso, con una cadencia singular... un canto en el que no desentonaba nota alguna.

*
* *

Dos épocas se dibujan con independencia en su actuación de sembrador de la divina semilla. Comienza la primera en el año de 1890, en el que fué ungido sacerdote y abarca hasta el principio de su vida de canónigo. Y la segunda se inicia en los años de 1905 y 1906 y comprende los tres últimos lustros de su vida.

Durante muchos años compuso desde el principio hasta el fin los sermones y los confiaba a su prodigiosa retentiva; después, con la soltura y el aplomo adquiridos, y, sobre todo, con la gran copia de materiales archivados en su memoria, solamente estudiaba y planeaba el tema, confiando a la improvisación

su desarrollo. En este segundo período de su vida de predicador es cuando su oratoria, limada de ciertas estridencias y efectismos y de algún que otro retruécano gongorino, puede calificarse a boca llena de magistral.

Yo tuve la fortuna de escuchar una gran parte de estos bellísimos sermones, ponderados, fervorosos, llenos de emoción, pletóricos de sentimiento, y pude observar día por día al par que la modificación en inflexiones de voz, gestos y ademanes, la atenuación de todo lo retórico y artificioso. Todo en él, sin perder su fuerza, su carácter, su nervio inconfundible, tenía más suavidad, mayor equilibrio: su voz era más llena, sus cadencias menos pronunciadas, más fina y señorial la dicción.

Y conviene tener presente que en estos últimos años de su vida dedicaba muy poca preparación inmediata a sus piezas oratorias. Es que sus grandes facultades habían llegado a su plena madurez. Veía el tema y casi instantá-

neamente planeaba su desarrollo. ¡Fantasía excelsa y portentosa la suya!

En una carta donosísima enderezada a su gran amigo el célebre Doctor Thebussem, fechada en Lora del Río en 3 de septiembre de 1901 declara don Juan Francisco la facilidad con que preparaba sus piezas oratorias. Debo copia de esta preciosísima epístola a mi buen amigo el caballeroso Marqués de Pardo de Figueroa, que la guarda en el rico archivo que heredara de su tío el famoso Cartero Honorario, y no resisto a la tentación de estamparla en este librito, para que sirva de regocijo y descanso a mis lectores. Hela aquí:

«Lora del Río, 3 de septiembre de 1901.

Al Doctor Thebussem.

Por todas partes se va a Roma y desde todas partes quiero yo a V. Desde aquí, así pues, le saludo y le protesto nuevamente mi amistad.

Me encuentro en esta villa desde el 30 del pasado, predicando todas las no-

ches en la solemne novena de Nuestra Señora de Setefilla, patrona del lugar hospedado, agasajado y mimado como yo no merezco.

Me he traído en la maleta a «Paco Góngora», para trabajar en él diariamente y dejarlo (no sé si lo conseguiré) a la satisfacción del gusto de don Juan Valera; pues, aunque nada me dice en concreto, deja entrever en sus cartas que desea más labor psicológica. Creo que la obra no ha perdido nada y sí ganado mucho con los arreglos que le estoy haciendo; y en fin, si nada ganase, vería él, a lo menos, que había yo trabajado por acomodarme a la pauta de sus desinteresados deseos y sapientísimas indicaciones.

Trájeme en la maleta asimismo las dos últimas cartas de V., tanto para regalarme leyéndolas de vez en cuando, cuanto para acabar de contestar a la penúltima, y contestar de una vez a la que le ha seguido. Así pues, lea V. lo que sigue:

Conocía yo la historia del *alpiste* del señor Maestre (1), por habérsela oído contar a su hijo don Juan, que no ha sido diplomático, sino militar, primero, en el ejército de la nación, y después en el carlista. Es todo un caballero, y aunque viejo, derecho como un huso, decidor y chilindrinerero como un chiquillo y guapo, si señor, guapo donde los haya.

También conocí yo y traté, aunque no mucho, al Conde de Casa-Galindo, su padrino de V. de doctorado. Cuando publiqué «Menudencias Epicas» le dediqué un ejemplar sin conocerle, porque alguien que podía mandarme me indicó

(1) El Doctor Thebussem le había escrito en 23 de Agosto una saladísima carta, cuyo es este párrafo: «Don Juan Maestre, que vivía hace unos treinta años hacia la Plaza de San Vicente, daba unas agradabilísimas reuniones a las cuales asistía lo más granado de Sevilla. Manifestaba con mucha gracia que a la gente, como a los pájaros, hay que darle *alpiste* para que acudan. El tal *alpiste* era un buen refresco con vinos, dulces, helados, etc. «Que no faltes el jueves, decía, pues

que lo hiciera, y el bueno de don Andrés se presentó un día en mi casa, a darme las gracias por el don y a ofrecerme su amistad. Le pagué la visita, y aunque quedé muy prendado de su trato, por cortedad y encogimiento no volví. ¡El Juanito Muñoz de siempre!

Y queda contestada en todos sus pormenores, su *espantadora* carta del 23 de Agosto.

Por la segunda carta voy entrando...

Me aconseja en el párrafo primero que me cuide y que no trabaje tan a destajo. ¿Pero V. cree quizás y por ventura que me tiro a matar?

habrá alpiste». Y efectivamente, en tales noches se llenaba la casa, como si fuese teatro con drama nuevo. Nicolás Maestre, su hijo, era todo un caballero por dentro y por fuera, en su alma, en su cuerpo y en su porte, y además íntimo amigo de mi amado Padrino de doctorado Andrés Lasso de la Vega, luego Conde de Casa-Galindo, que falleció hace poco tiempo, y a quien yo quería de verdad desde mediados del siglo pasado. Al don Juan Maestre, hermano de Nicolás, no lo

No señor: nada de eso: predico con mucha holgura; estoy muy avezado; y aunque nunca jamás me repito, por parecerme cosa de comediantes, el dogma es muy hermoso, tiene innumerables puntos de vista a cual más bello y explotable, y a poco que se piense se halla alguno nuevo que traducir en palabras, siquiera sea lo mismo siempre... Media hora de preparación es suficiente y aún sobrado para no hacerlo del todo mal.

Desea V. en el segundo párrafo al *Padre de Paco Góngora*, que sea *canónigo dentro de tres años y Obispo de*

conozco más que de oídas. Creo que es o fué militar o diplomático. Toda esta retahila es para justificar el gran afecto que por carambola profesó yo al dignísimo Prelado de Sevilla, que tanta *tenencia* o *aligamiento*, como dicen las partidas, tiene con los Maestre. Y creo que me decido, por ser caso de conciencia, a dirigirme con un memorial a dicho Pontífice, pues he llegado a saber de buena tinta, que un cura de esa, joven de gran virtud y mérito, trabajador como él solo,

ocho. ¿Valen espontaneidades? Allá van; pues de algo hemos de hablar o de escribir. *Ad primum ergo dicendum*, que diría un tomista, que no me pesaría, aunque no lo espero. *Ad secundum, vero, dicendum est* que no lo permita Dios (que no lo permitirá). ¡Qué pena, tener que decir a la pluma, mitad de mi yo, quédate con Dios amiga, y ya no te volveré a tomar sino para escribir pastorales! ¿Un Obispo con puntas y ribetes de novelista? ¡El Señor nos asista! ¡Qué pena tener que vivir en la eterna compañía de pajes tontos; siempre de *cuerpo presente*, y nunca hombre privado, y

poeta, escritor, predicador y catedrático, peca descaradamente contra el V mandamiento, y lejos de cuidarse como Dios manda, procurando aquello de *mens sana in corpore sano*, se destroza trabajando y con una *dispepsia que lo asesina*. Y cuenta que no hablo en broma, y que a mi solicitud acompañará testimonio de la misiva del mismo señor Cura, sacado por mano de notario, para justificar mi delación.» (Archivo de Muñoz y Pabón).

siempre hombre público! No lo seré porque Dios vela por su Iglesia y no querrá entregarla a manos tan pecadoras como las mías: pero juro a V. *in verbo sacerdotis* que ni lo espero, ni lo quiero, ni espero esperarlo, ni quererlo mientras esté en mis cabales y el Señor me conserve en su gracia.

Lo primero no me causa ese horror ni mucho menos; ¿pero, *quomodo fiet istud?* Si he jurado en Dios y en mi ánima no hacer oposición sino al reino de los cielos que *vim patitur*, y por otra parte ni tengo, ni quiero, ni pretenderé nunca amistad con políticos, y a los Obispos les vienen escasas las prebendas que vacan en su pontificado para *insular* a sus Sanchos, lo cual, después de todo es justo hasta dejarlo de sobra... *His, igitur, proelibatis*, espere V. sentado lo uno y lo otro; aunque yo agradezca a V. con todas las veras de mi alma sus buenos deseos, y el por parte de mí inmerecido cariño que ellos suponen.

Doyme la enhorabuena de que V. y

don Paula me hallaren la parte vulnerable o talón de Aquiles con la amenaza de la denuncia, y agradezco tanto la broma, cuanto lamentado hubiera que hubiese sido verdad, y llevada a efecto. No diga V. disparates, ni compare con las «epístolas del Apóstol» papeles tan sin sustancia ni arte como los que llevan la firman de su

JUANITO.»

Como habrá visto el lector, no tiene desperdicio.

Muchas veces escuché de sus labios los puntos sobre los que habían de versar sus futuras pláticas, y fui testigo en cien ocasiones del supremo dominio que había adquirido en la exposición de las ideas. Cierta día en que se encaminaba al templo de San Bartolomé para predicar en la novena de la Virgen de la Alegría, se detuvo en casa de mis padres, a donde, a la sazón, concurría casi diariamente. Siguiendo su costumbre, nos expuso el plan del sermón, y como mi pa-

dre—a quien él oía como a un oráculo—le hiciese observar que era mucha materia la que presentaba para desarrollarla en el breve espacio de tres cuartos de hora, calló un momento y rehaciéndose dijo: «Tiene V. razón, mi señor don Luis, de aquí me salen tres pláticas». Diez minutos después, le escuché una preciosa oración, correctísima y atildada sobre parte del pensamiento que nos había propuesto, ceñida al tema, y cuya duración fué exactamente de tres cuartos de hora.

Nunca podré olvidar el primer sermón que le oí. Era yo muy niño. Acabada la jornada escolar, una noche mi hermano Santiago y yo, acompañados de una antigua sirvienta de casa, entramos en la entonces parroquia de Santa Catalina, frontera al colegio de los Escolapios, para visitar el jubileo. Nos arrodillamos cerca del altar mayor. A poco, precedido de dos acólitos y el sacristán, pasaba junto a nosotros el predicador. Sus crugientes hábitos me ro-

zaron. Alcé los ojos y ¡oh sorpresa! aquel sacerdote era el que pocos días antes me había regalado una medalla de oro con la fecha de mi primera comunión (1). Me reconoció al punto. «Recuerdos a los papás», dijo en voz queda con dulce sonrisa. Decidimos escucharle un rato. Pero nos interesó de tal manera la exposición del milagro de la curación del ciego de nacimiento, eran tan encantadores aquellos diálogos entre el curado y sus pérfidos coterráneos, y, sobre todo, tenía tal atractivo

(1) Entre las muchas cartas que se guardan de él en el archivo de mi padre, hoy de mi hermano Santiago, figura ésta: «Membrete que dice: Iglesia Parroquial del Sr. Santiago el Mayor.—Sevilla, 20 de Mayo de 1902.—Sr. D. Luis Montoto.

Venerado señor y querido amigo mío: Hasta anoche no se ha acordado mi hermana de decirme que el sábado anterior había estado en la casa de V. de la calle de Abades preguntando por mí su hijo Cástor.

Como el niño no haya vuelto y como tenga yo mucho gusto en recibir su visita y la estampa re-

aquella voz de cristal y plata, aquellos gestos tan vivos y expresivos, que nos encadenaron hasta el final. ¡Qué diferencia entre él y los demás predicadores que hasta entonces había yo escuchado! Aquello era predicar. Mejor que él, si acaso, serían Arbolí y Romero Gago; más, nó. Y lo proclamé por mí y ante mí, a mis diez años, por un gran predicador. Así se lo dije momentos después, al llegar a casa, a mi padre, quien dió traslado a don Juan Francisco de mis fervores pabonianos.—Dios te lo pague, Castorcito—, me dijo don Juan Francisco la

cuerdo de su primera Comunión que me llevaba (pues mi hermana habla de un sobre que el angelito tenía en la mano), yo me atrevo a suplicar a V. que me lo mande hoy a la hora en que más le cuadre, con tal que no sea a la de las cinco, en que tengo una cita amorosa... con un dentista.

Espero que no me negará V. este favor que le pido y que sabré agradecerle en todo lo que vale.

Soy fiel criado de esa señora y devotísimo amigo de V., que pide a Dios que bendiga ese hogar y que besa las manos de V.

JUAN F. MUÑOZ

primera vez que me lo tropecé:—Ya sé que eres mi fiel auditor.

Con los años creció mi estima a aquel dechado de sacerdotes. Le veía frecuentemente en casa, y también en la suya, en donde le visitaba en la gratísima compañía de mi madre y de mi hermana (1); le oía leer los borradores de sus novelas todas, a partir de *La Millona*; el corazón, que pocas veces engaña, me aseguraba que cuando aquel curita me elogiaba sobremanera al autor de mis días diciéndome de él que era «el mejor poeta de España» y la «honra de Sevilla», (2) me expresaba honradamente sus sentires; vi en él al fiel amigo de mi fa-

(1) En la página 403 de su preciosa obra *Colorín colorado*, alude Muñoz y Pabón a una de estas visitas.

(2) De entre las muchas cartas que conservo de este peregrino ingenio, copio la siguiente:

«Hinojos, 25-VI-1913.

Mi querido Castorcito Montoto: Me harás un buen servicio, viendo mañana al Sr. D. Modesto y preguntándole de mi parte qué hay en concreto

milia que nos consoló en nuestras penas... ¿Qué mucho le siguiese, como la sombra al cuerpo, en su constante predicación por los templos de Sevilla y le oyese embebecido, y que al pasar los años, y confirmar ya hombre mi primer juicio sobre su oratoria, sintiese latir mi corazón al ver la ligereza con que algunos juzgaban de sus sermones?

No era yo solo el entusiasta. Don Juan Francisco tenía su público: un núcleo de fieles, si no muy numeroso, sí selectísimo. Entre ellos se contaba mi amigo y compañero inolvidable el malogrado joven Manuel Meana y Núñez. ¡Cuántas veces le escuchamos juntos! Y

del grado de Doctor de Alba Hernando. Si ha de efectuarse el sábado, me marcho con el mejor poeta de España, honra de Sevilla, y su hijo Castorcito el viernes. Si se ha aplazado indefinidamente, me quedo aquí entregado a mis asuntos *de propietario*.

De todos modos, te espera con los brazos abiertos tu cariñoso amigo.

JUAN F. MUÑOZ PABÓN

siempre coincidíamos: ¡Es un artista! ¡Es todo un predicador! Para mí valía más el juicio de aquel joven de inteligencia colosal y corazón de oro, que el de algún seudoliterato que trataba de ridiculizar la labor de nuestro gran amigo.

Ya canónigo don Juan Francisco, fué el templo de su especial predilección la Santa Iglesia Catedral, cuyas bellezas cantara de modo por nadie igualado hasta el día de hoy. Fué aquí donde predicó sus mejores sermones. En la fiesta de la Epifanía, en la de San José, en la del Apóstol Santiago, y en otras muchas tuve la suerte de escucharle. Parecía aquel su púlpito. Guardo en mi memoria, con especial deleite, el recuerdo de un sermón del Mandato que allí le escuché el Jueves Santo, si mal no recuerdo, del año 1906, al cual con mucha justeza pudiera aplicársele el epíteto de hechicero por él tan usado.

Pero donde se excedía a sí mismo, y su inspiración marcaba el punto culminante era en las homilias sobre las do-

mínicas de cuaresma. ¡Cuadros de luz radiante sus descripciones de las divinas escenas evangélicas! Las tentaciones de nuestro Señor Jesucristo, su Transfiguración, la curación del endemoniado, la multiplicación de los panes y peces y el valeroso reto de Jesús a sus enemigos, los exponía y comentaba con tal arte y maestría, que cuanto pudiera decirse en su elogio sería lánguido y apagado para lo que merecía la realidad.

Párrafo aparte merecen sus sermones sobre los dolores de la Virgen María. La devoción que llenaba su alma se desbordaba en torrentes de inspiración al cantar las glorias de la Madre de Dios en sus dolores. Sobre esta advocación de la celestial Señora predicó sobremañera más que sobre ninguna otra, y siempre descubría algo nuevo con que ilustrar a sus oyentes. Parecía que reservaba las más ricas joyas de su pensamiento para derramarlas en loor de esta devoción tan consoladora.

Un septenario le oí en honor de la

Virgen del Valle, en la Iglesia del Santo Angel de Sevilla, en el que estudió el grupo de figuras amigas que en torno de Jesús Crucificado hay en el Calvario. María de Cleofás, pariente más cercano de Jesucristo, descontada la Virgen, que ostenta en el monte santo la representación de la familia; María Magdalena, que está allí por gratitud y siendo su emblema; Salomé, la madre de los hijos del Zebedeo, que es cifra de la virtud del desinterés; José de Arimatea, gran triunfo de Jesucristo, personalizando el denuedo y valentía en la confesión de su divinidad; Nicodemus, que simboliza lo racional de la fe; San Juan, encarnación gloriosísima del amor de amistad en el Calvario; la Santísima Virgen, en fin, quinta esencia de todas las relaciones con Jesús...

Nada más encantador que estos discursos. Amenísimos, sueltos, espontáneos, se apartan del patrón corriente en todo y por todo. Ellos solos, que afortunadamente se conservan, escritos de

su primorosa letra, de primera intención, con correcciones y apostillas, bastarían para presentar a su autor como predicador originalísimo, digno del estudio serio y sostenido que merece el fundador de una escuela de oratoria sagrada.

Muñoz y Pabón en el aspecto que nos ocupa, no tuvo decadencia. Viósele declinar como novelista. *Oro de Ley* y *Mansedumbre* son inferiores no sólo a *Temple de acero*, su novela cumbre, sino a todas las demás, incluso *La Millona*. La repetición de tipos, escenas, paisajes y motivos acusa el cansancio de su fantasía. Acaso la enfermedad que le llevó al sepulcro minaba ya su todavía joven naturaleza y sofocaba su vigorosa imaginación. Mas en los sermones que predicara en los dos últimos años de su vida, obra preferentemente del entendimiento, no se advirtió el descenso. Los que le escuché en el año de 1919, último de mi residencia en Sevilla, nada tenían que envidiar a los anterior-

res, y de su último sermón tengo las mejores referencias.

¡Su último sermón! Lo predicó en la Iglesia de la residencia de los PP. Jesuitas de Sevilla, en la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, día 11 de junio de 1920. ¡Coincidencia singular! En aquella misma cátedra, quince años antes tuvo su ocaso don Servando Arbolí, que no pudo terminar el panegírico de San Ignacio de Loyola. Fuí testigo de esta escena dolorosa y contemplé la cara angustiada del insigne orador, que poco después del rezo del Ave María, presa de mortales congojas, perdió el dominio de su mágica palabra. Nuestro amigo, sí acabó el suyo sobre la grandeza del amor del Corazón deífico; pero su sobrino el presbítero don Antonio Ruiz de Vargas, que le acompañaba en aquella mañana memorable, me aseguró que lo desmayado de su acento acusaba la dolencia que habría de arruinar su vida.

Tiempo hacía que el Lectoral de Sevilla ansiaba predicar en la Iglesia de la

Compañía. Quería dar un mentís a los que propalaban su enemiga a los beneméritos Padres Jesuítas, fundándola en la crítica no muy benévola que el egregio Padre Aicardo y algún otro habían hecho de determinadas novelas suyas. Súpolo una piadosa e inteligente dama, mi ilustre y buena amiga, la Marquesa Viuda de Villapanés, que es una Grande de España que sabe serlo, y al comunicar a los benditos Padres los anhelos de don Juan Francisco, logró su intento, pues, como era lógico, se consideraron muy honrados con que predicara en su Iglesia el célebre literato.

Aunque se resienta su modestia, no quiero dejar de estampar aquí este párrafo de una carta en la cual mi amiga, que reúne en su persona todas las aristocracias, me hablaba de la última oración sagrada de nuestro llorado muerto:

«Seguramente conocería V. un retrato de don Juan Francisco besando al Cristo del Amor... El le inflamó para hablar de su Corazón.»

Quiso Dios que fuese en el mismo púlpito que ocuparon varones sapientísimos, los Padres Sansa, Moga, Lara, Sánchez Prieto, Rosique, e innumerables veces el gran misionero Padre Tarín, de santa memoria, donde por última vez resonara aquella voz dulce, suave, armoniosa como ninguna, que tanto y tanto había alabado su santo nombre.



II

Apuntes históricos

Mucho predicó el sacerdote insigne. A la vista he tenido un cuadernito en el que anotó cuidadosamente las fechas de sus sermones en los primeros años de predicación. La apuntación comienza en el año de su ordenación sacerdotal, 1890, y da remate en la primera quincena de junio del año 1901.

En la Iglesia Parroquial de Valverde del Camino, laborioso y pintoresco pueblo de la provincia de Huelva, en la función religiosa que en honra de la Virgen del Reposo se celebrara el día 14 de septiembre del dicho año de 1890, ocupó por vez primera la cátedra de la verdad. Dos sermones más le encomendaron en este año: el de la Virgen del Carmen, en 21 de septiembre en Paterna

del Campo, y el panegírico de Santa Teresa en el Sagrario de Sevilla el 9 de octubre. No hemos visto los originales de estas piezas oratorias, que seguramente serían de lo más labrado y pulido que él hiciera.

Es muy interesante este cuadernito o diario de su predicación, y juntamente con el de las misas, que comienza en el otro extremo del propio cuaderno, nos da los datos exactos para reconstruir su vida en el decurso de los doce años que encierra en sus hojas. El nos marca también la escala ascendente de su predicación, señal inequívoca de su franco éxito.

Mucho, muchísimo debieron gustar los sermones del novel predicador en Valverde, Paterna y en el Sagrario de Sevilla, cuando en el año siguiente, 1891, le llaman de nuevo en las mismas solemnidades religiosas. Su fama comienza a extenderse por los confines de la extensa archidiócesis hispalense y en este año es ya el orador en la fiesta de

la Virgen del Amparo, en Sevilla, donde siempre se han oído voces elocuentísimas. Dieciseis sermones predicó en esta anualidad y treinta y uno en la siguiente, 1892, dejándose oír su voz por vez primera, consecutivamente, durante todo un novenario, en Lora del Río, en las fiestas celebradas en honra de la Patrona del pueblo, la Santísima Virgen de Setefilla. Es muy de notar que en este año es llamado de nuevo a Valverde, Paterna y a la función de la Virgen del Amparo en Sevilla.

Seguramente no fueron pocos los lo-reños en el elogio de los sermones de nuestro don Juan Francisco, y sus entusiastas comentarios llegaron a oídos de sus vecinos los carmonenses, quienes le invitaron para cantar las glorias de la Virgen de Gracia, en el novenario del año siguiente—1893—, dando comienzo a su honrosa tarea en el día 8 de septiembre.

De 47 sermones que nos da el año de 1893, subimos a 132 en el siguiente, en

el cual por vez primera ocupó el púlpito de la Iglesia Catedral de Sevilla, en la fiesta de la Epifanía. Mucho debió impresionar su espíritu este acto. El recuerdo de las grandes figuras de la oratoria sagrada, a quienes allí había escuchado en sus no lejanos días de seminarista; la presencia de sus antiguos profesores, entre los cuales se hallaría seguramente don Servando Arboli; la pompa y solemnidad de la liturgia; el gran concurso de fieles, el marco todo suntuoso y mayestático impregnarían de emoción y sentimiento su discurso.

Párroco de Santiago en esta época, es en esta linda Iglesia sevillana donde principalmente está el lugar de su predicación; pero no deja por ello de oírse su voz en este año—1894— y en los sucesivos, en funciones, trídulos, septenarios y novenas en innumerables templos de Sevilla, y en Utrera, Osuna, Carmona, Puerto de Santa María, Huelva, Marchena, Cádiz, Antequera, Málaga, Madrid, etc., etc.

Novcientos cuatro sermones llevaba predicados hasta el día 14 de junio de 1901, último que aparece consignado en el cuadernito que nos ha servido de guía, día final del tríduo al Sagrado Corazón de Jesús que tuviera a su cargo en la Iglesia del Convento de las Salesas de Sevilla. No podemos reconstruir los años sucesivos tan minuciosamente como con tan preciosos pilares podrían serlo los anteriores (1), aunque en sus libros de entradas, o mejor dicho apuntes, pues no son más que éstos, constan los estipendios que percibiera por los sermones predicados en los años de 1909 al 1914; pero con lo apun-

(1) Don Juan Valera decía al Doctor Thebussem en carta inédita de 17 de junio de 1903: «Ayer tarde tuve el gusto de recibir en esta casa la visita de Muñoz Pabón. Este listo e infatigable cura saldrá mañana para Astorga y Zamora, a donde va a predicar, a convertir a aquellos infieles y traer al aprisco las ovejas descarriadas. El famoso don Servando Arbolí está aquí también, cristianizando a no pocas personas y entusiasmado

tado tenemos lo muy suficiente para apreciar su actividad como sembrador de la divina semilla, actividad que llegó a su grado máximo en el año de 1897, durante el cual predicó 162 sermones.

Su oratoria en aquellas calendas era comentadísima, y recuerdo que en el año de 1901, en el que comencé mis estudios en el colegio de los PP. Escolapios de Sevilla, mis profesores hablaban aún de su panegirico del patriarca de las Escuelas Pías San José de Calasanz, ¡y habían transcurrido ya tres años de la fecha en que lo predicaral...

Al entregarse de lleno a las tareas literarias, a partir del año 1900, con la

a la familia real desde la palaciega cátedra del Espíritu Santo. A este ameno apóstol no lo he visto todavía; pero hablé no poco de él en la larga y grata conversación que con Muñoz Pabón tuve ayer tarde.

Hoy vendrán a comer conmigo ambos predicadores, y espero que sea animado el modestísimo banquete eclesiástico con que pienso obsequiarlos».

publicación de *Justa y Rufina*, disminuye el trabajo del orador sagrado. De 1900 á 1905 dió a la estampa, a más de su primera novela, *Paco Góngora*, *El buen paño*, *La Millona*, *Javier de Miranda*, *Juegos Florales*, amén de buen número de poesías y artículos periodísticos. ¿Cómo simultanear este esfuerzo con el que el púlpito requería?

No se crea por esto, que se aminora, de modo notable, el número de sus sermones; sólo en los dos últimos quinquenios de su vida pudo notarse este descenso, y, precisamente, entonces es cuando—ya lo dejamos dicho antes—su oratoria había llegado a la plenitud de su perfección.



III

Por los fueros de la justicia

Hora es ya de que estudiemos un punto que no puede olvidarse en este librito. ¿Fué gerundiano Muñoz y Pabón? En los años en que su oratoria era más briosa y animada, y en alas de su poderosa imaginación, en pláticas y fervorines, en homilias y panegíricos entraba en las excelsas regiones de la teología ¿mereció en justicia este dictado?

Mi contestación es, sin reservas, negativa. En ninguno de los dos periodos señalados en su labor de predicador, debe calificársele así. Tuvo en contadas ocasiones destellos gongorinos; pero nada más. Sostener que su oratoria era gerundiana, vale tanto, en mi sentir, como identificar la originalidad con el gerundianismo. Más aun; creo que las im-

perfecciones que podrían señalarse desde el punto de vista de la oratoria en sus sermones, son las opuestas al tipo gerundiano.

Los originales que de sus oraciones sagradas se conservan, hablan más y más elocuentemente que defensor ninguno sobre estos particulares. Quien los lea con la atención que merecen sostendrá con el autor de estas líneas que es injusto aplicarle este dictado. Ni en los temas, siempre rigurosamente teológicos—era opuestísimo a tocar cuestiones económico-sociales, con estar ello entonces en boga—; ni en el desarrollo de las pruebas, en las que seguía generalmente al Angel de las escuelas Santo Tomás de Aquino; ni en la estructura, muy artística, muy suya, pero lejos por igual de lo pedante y de lo chocarrero; ni en los exordios, en los que rayaba a tanta altura; ni en las súplicas, muy breves, pero muy tiernas y expresivas; en nada, en fin, se asemeja a los oradores gerundianos.

El orador gerundiano, así el ignorante como el erudito, en su afán de singularizarse, sofoca lo espontáneo y a la larga apaga la propia inspiración; toma de las diferentes interpretaciones que puedan darse a las palabras de las Sagradas Escrituras, las más violentas; cita los textos más enrevesados de los santos padres y expositores; todo afectación, habla distinto lenguaje al de sus oyentes, y buscando la originalidad termina por convertirse en predicador de sí mismo.

Muñoz Pabón, por el contrario, es en el púlpito todo espontaneidad. Hombre de ideas muy claras, vestía sus pensamientos con el lenguaje culto del literato; pero este lenguaje era en él habitual. Acaso a quien por vez primera oyese su predicación, pudiera parecer artificioso el uso de ciertos verbos y epítetos; pero nó al que con él hubiese conversado; que esos verbos y esos epítetos eran los más empleados en su conversación familiar. Y menos coincide

con los gerundianos en la cita de textos altisonantes e interpretaciones violentas; ¡cómo que en muchas homilías, al exponer los cuadros evangélicos era su único comentario el presentar el cuadro mismo, proyectando sobre él la luz de su rica fantasía!

Lo que dió ocasión a que por algunos se tildara así a su oratoria, fué la traza singular de sus sermones, su lenguaje, más que expresivo, gráfico; su verismo en el describir, y sobre todo, la fuerza de su gesto, su mímica soberana e insuperable.

Pocos días después de publicar la oración fúnebre que en las honras del Cardenal Spínola pronunciara, apareció un folleto. en cuyo rostro o portada se leía: «Carta abierta al Señor Doctor, Don Juan F. Muñoz Pabón, por un Provinciano». Este «Provinciano» era nada menos que el cultísimo escritor don Manuel Sánchez de Castro, ilustre catedrático de derecho natural en la Universidad de Sevilla, orador tribunicio muy

notable y polemista temible, el cual explica el móvil de su epístola en estos dos párrafos, de cuya intención juzgará el lector:

«Sr. D. Juan F. Muñoz Pabón. Muy señor mío y respetable amigo: Ha publicado V. su *oración fúnebre*, pronunciada en la Iglesia de Esclavas Concepcionistas el día 27 de enero último, y creo que el mayor acto de benevolencia que un fiel cristiano puede realizar en favor de V. es decirle la verdad lisa y llana con el único propósito de que el orador literato conozca y corrija sus equivocaciones.

No trato de constituirme en maestro de nadie. He invocado mi título de fiel cristiano, y esto basta para un hombre como V., y *que no es de mi oficio*; perdone mi atrevimiento, si lo hay, en llamarle la atención sobre cosas que, sin duda, lo merecen, según el criterio de los que no sabemos más Teología que el Catecismo, ni hablamos más lenguaje que el vulgar y co-

rriente sin visos de primores retóricos.»

Algo más que esto se propuso el autor del folleto. Tal propósito lo hubiese logrado con sólo enviarle las cuartillas, cumpliendo el deber de la corrección fraterna, como el autor de la carta reconoce al cerrarla. Leí y releí el opúsculo cuando se publicó, y he vuelto a leerlo pasada una veintena de años y hallo en él—dicho sea con todos los respetos que merece la memoria de mi inolvidable maestro—un destacado deseo de poner en la picota del ridículo a don Juan Francisco, tomando por pretexto la oración fúnebre.

El que protestaba no saber más teología que la del catecismo, cita textos de San Clemente, San Jerónimo y San Gregorio; aduce versículos del Génesis; corrige traducciones e interpretaciones de textos escriturarios; ve deficiencias en la manera de hacer la llamada en las notas al capítulo y versículo correspondientes; distingue lo ascético de lo místico, y adelgaza y sutiliza hasta lo inve-

rosímil para señalar una falta de precisión en el tecnicismo teológico... El que hacía gala de no hablar más lenguaje que el vulgar y corriente sin visos de primores retóricos, ¡Dios de los cielos! y cómo se nos muestra gramático, retórico y hasta purista, haciéndonos ver las deficiencias en el tejido de la oración, los errores sintáxicos, las faltas de puntuación, y hasta las consonancias y asonancias!

¡Qué falto de piedad el que invoca su título de fiel cristiano! Dice del Lectoral de Sevilla, que pudo exclamar con David, que «no conoció literatura»; que su fraseología suscita ideas empalagosas y groseras; que tiene el prurito de citar latines gerundianamente; que su frase «algo que es la Eucaristía y que me atrevería a llamar *quinta esencia* de la Hostia» tiene no sé qué de callejera y tabernaria; habla de sus rípios literarios y teológicos, de sus frases infelícísimas, de que parece gozarse en buscar los términos más grotescos para descri-

bir al difunto Cardenal... Hasta lo increpa por falsificador:

«Usted *falsifica* al público que le oye, con el texto *sedentes*; V. *falsifica* las mujeres de la Pasión;... V. *falsifica* al Cantar de los Cantares llamándole Canto de los Cantos;... V. *falsifica* la corona de la Virgen, a la Virgen misma, a las reinas de cuentos y a los cuentos;... V. *falsifica* los labios del Cardenal, su apariencia corpórea... V. *falsifica*... ¡qué se yo! ¡a sí mismo se falsifica, comparándose con Bruto, cuando, según le demostré, no puede V. pasar de Casca!...»

¿Por qué de estos apóstrofes? Como en el público que oyó la oración había algunos de rodillas y en pie, el texto «*sedentes contra sepulchrum*» es una falsificación; y como no todas las mujeres de la Pasión estuvieron *sedentes*, y lo estuvieron *acabada* la Pasión, es también falsificación aplicarles el texto «*sedentes*». Al decir el predicador que la corona ofrecida por el pueblo sevillano a la Virgen de los Reyes es «verdadera

andaluzada de oro y pedrería que hasta reinas de cuentos encantados la hubieran apetecido», entiende que la Virgen de los Reyes es menos que las reinas de cuentos encantados, y, por tanto, falsifica la corona de la Virgen, a la Virgen misma, a las reinas de cuentos y a los cuentos. Califica el orador los labios del Cardenal Spínola de desteñidos y exangües, y como el santo prelado jamás se los tiñó, y exangüe se dice sólo de los cadáveres, los falsifica evidentemente, y así todo.

Increíble parece que persona tan fundamentada en filosofía pudiera razonar así. Es que escribía cegado por el apasionamiento. Sólo él pudo hacerle estampar esta idea en el comienzo de la carta: «El texto *Mortuus est pater...* es el mismo que empleó el difunto don Cayetano Fernández en su oración fúnebre del fundador de las Hermanas de la Cruz. La coincidencia es pecata minuta, mas usted no debió ignorarlo y, si lo sabía, ningún trabajo le habría cos-

tado decirlo». Los predicadores, pues, deben decir a los fieles quiénes han usado el texto sagrado antes que ellos con análogo fin, y no deben ignorar estos precedentes. ¿Cabe hacer cargo más absurdo?

No se crea por esto que el folleto es en todo tan parcial como en lo apuntado. Cuanto dice sobre el exordio está puesto en razón. Realmente, fué inadecuado, y no había el paralelismo aducido por el predicador entre su proceder al encargarse de la oración fúnebre del insigne Arzobispo contraviniendo su voluntad, y el de Marco Bruto, apuñalando a César por ambicioso, y porque él (Bruto, su ahijado) amaba a Roma más que a César. Y aun cuando hubiese habido concomitancia, no era oportuno aducirla en aquella ocasión. El realismo de algunas frases era harto exagerado, y hasta podía envolver cierta confusión en conceptos fundamentales de teología dogmática y ascética, y el *Provinciano* la descubre con ojo cer-

tero y la combate con graciosa soltura.

Con todo, la oración fúnebre, aunque es de lo menos afortunado de su autor, no mereció tan duro trato. Dios saca de los males bienes, y el folleto sirvió para templar las virtudes del joven canónigo en el crisol del sufrimiento. Se le vió en aquellos días triste, apesarado, pero de sus labios nunca salió una queja; no trató de defenderse; soportó la prueba en silencio como los humildes, abrazándose a ella con amor...

Este hecho señaló, por otra parte, la división capital que en sus oraciones sagradas se manifiesta, siquiera antes en alguna ocasión luciese el orador completísimo del segundo período, como en la homilía de sus oposiciones a la lectoral. A partir de aquí, comienza una predicación menos enfática, y es, sin disputa alguna, uno de los primeros predicadores de la Archidiócesis, con figurar en ella nombres como los de Roca y Ponsa, Romero Gago, P. Ildefonso Ruiz Arana, González Merchant, P. Sán-

chez Prieto, Abín y Pinedo y Fr. Ambrosio de Valencina.

Tengo para mí que don Manuel Sánchez de Castro, hombre delicado y caballeroso, se dolió de su obra. Cuentan que mandó retirar de las librerías los ejemplares de la carta en cuestión, a poco de haberlos enviado para la venta. El folleto, sin embargo, se propagó rápidamente, y contribuyó muy mucho a que se extendiese el tópico del gerundianismo del autor de «Jesucristo y la belleza».

¿Juicios de sus contemporáneos? Pocos, pero de mucho tomo, insertaré. Sea el primero el del sabio Jesuíta P. Miguel Sánchez Prieto, predicador de altos vuelos, competentísimo teólogo, diputado por el clero sevillano por uno de los grandes ascetas de nuestros días. Su autoridad le pone a cubierto de todo apasionamiento. Pues bien, mucho debió encarecer el mérito de los sermones de Muñoz y Pabón, el esclarecido hijo de San Ignacio, por cuanto el «Doctor

Thebussem» escribía al autor de «La Millona» en 22 de julio de 1901, desde Medina Sidonia:

«Por Martel han llegado aquí abultadas noticias de los favores que tú has dicho que nos debes. ¡Ojo al 8.º mandamiento! Y por el P. Sánchez Prieto, de la Compañía de Jesús, grandes elogios de tus admirables y bien pronunciados sermones.» (1)

Una vez le oyó un misionero arrebatador y elocuentísimo, el Rvdo. P. Ildefonso Ruiz Arana, gloria de la Congregación fundada por el venerable Claret, y expresó así su juicio: «No creí—me dijo—que fuese Pabón hombre de tanto talento; de un detalle ha sacado un partido enorme; sólo una gran inteligencia puede hacer eso. Pero en lo que es un verdadero coloso es en la declamación; nunca he visto un conjunto de dotes personales tan interesante». Así era, en efecto, un caso interesantísimo y digno de análisis.

(1) Archivo de Muñoz y Pabón.

Un maestro de predicadores, el nunca bien llorado Cardenal Almaraz, virtuosísimo varón, a quien pocos superaron en elocuencia en sus días de apogeo, supo apreciar y admirar en lo que valía este don del cielo que el Lectoral de Sevilla recibiera. Se celebraba en la Catedral hispalense la fiesta de la Inmaculada, en la que cristalizan los fervores concepcionistas del pueblo de la Virgen. Una inmensa multitud devota y reverente asistía en los cultos. Terminado el canto del evangelio, llegó la hora de dar comienzo al panegírico. Mas al subir la gradería, recibida la bendición de Su Eminencia, que oficiaba de Pontifical, el canónigo encargado de cantar las glorias de la Madre de Dios (1) fué presa de un ataque de parálisis. Hubo un momento de revuelo. No era posible en ocasión tan solemne prescindir del panegírico; pero, ¿a quién encargarlo? El Cardenal Almaraz paseó su mirada se-

(1) D. Rafael González Merchant.

rena de un cabo al otro cabo del Cabil-
do allí presente. Vió a profesores de teo-
logía, encanecidos en la explicación del
dogma, a escritores ilustres, a oradores
de arrebatadora palabra... Sus ojos se
posaron a la postre en el Lectoral... Ha-
bía descubierto al que en su autorizado
juicio tenía más aptitudes para sin pre-
paración próxima alguna, salir airoso
en aquellas críticas circunstancias. Si
cabe la palabra, podría decirse que
aquel fué el *espaldarazo* que como pre-
dicador recibiera de manos del purpu-
rado español más elocuente a la sazón
en España. El panegírico fué en aquella
memorable mañana del día 8 de diciem-
bre de 1914, una glosa fresca y sugestí-
va de la popular oración «Bendito y
alabado sea...»

No menos favorable le había sido
el juicio del santo Cardenal Spínola (1),
y cuenta que don Marcelo conocía, co-

(1) El autor se somete en todo al juicio de la
Iglesia Católica, sin tratar de prevenirlo.

mo pocos, la ciencia teológica y el arte de la predicación. Es fama que el angelical Prelado le concedió sus cinco votos para la canongía lectoral en aquellas reñidísimas oposiciones en que tomaron parte el actual Ilustrísimo de Jaén, doctor Basulto; don Juan Aguilar, tan conocido del clero español; don Cristino Morrondo, profundo escriturario, y el cultísimo y elegante escritor don José Moreno Maldonado. ¿Y a qué debió su triunfo nuestro don Juan Francisco, sino a su magnífica homilía, calificada en los términos más encomiásticos por el sabio Arzobispo de Sevilla, y predicada de modo tan maravilloso, que aun a los más descontentadizos satisfizo?

Quiero cerrar con broche de zafiros estos testimonios. Al buscar un nombre ilustre que en la actualidad robusteciera el dictamen de los cuatro mencionados insignes varones, vino a mi pensamiento uno envuelto en la triple aureola del talento, de la virtud y del saber. Su autoridad es inconcusa. En el Epis-

copado español, en el que lucen astros de primera magnitud, como los Cardenales Segura, Vidal y Berraquer y Casanova; el Ilustrísimo de Tarazona doctor Gomá, reputado por uno de los primeros teólogos del mundo; los elocuentísimos prelados de Santiago, Madrid-Alcalá, Tenerife y Córdoba; los celosos y verdaderamente apostólicos González García, Irurita, Plá y Daniel y el escolapio Alonso Salgado, brilla con luz propia el doctor don Tomás Muniz y Pablos, por todos reconocido como el primer canonista de España.

No puedo escribir este nombre sin que las lágrimas bañen mis ojos; que tuvo él para mi padre la atención de enviarle su retrato, avalorado con muy expresiva dedicatoria, en la cual le llamaba su maestro; retrato que mi padre recibió en el lecho del dolor, días antes de rendir a Dios su espíritu.

¡Delicadezas de nuestro Señor, que quiso pagarle a mi santo muerto sus trabajos y desvelos durante cincuenta y

seis años en el Tribunal Eclesiástico de Sevilla, con la visita del primer cano-
nista de España, que se proclamaba su
discípulo!

He aquí el juicio del Ilustrísimo de
Pamplona.

«El Obispo de Pamplona.

21 mayo 1930.

Sr. D. Cástor Montoto.

Puerto de Santa María.

Mi distinguido señor y amigo: Su car-
ta de Vd. del 18, pidiéndome un juicio
crítico de la oratoria sagrada de nues-
tro llorado Muñoz y Pabón, me sorpren-
de con el bagaje de la Visita Pastoral
de ochenta y cinco pueblos y sin бага-
je alguno literario.

Pero diga Vd. que aquel orador sa-
grado conocía la Summa de Santo To-
más como los que llevan treinta años
explicándola, y que poseía el arte de
sensibilizar las ideas del Santo como
quizás nadie, fuera de San Juan de la
Cruz, le haya superado. A mí me predi-

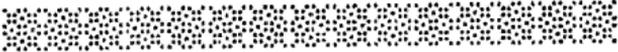
có en mi primera Misa, y aún me parece que le estoy oyendo.

Y con esto, déjeme proseguir la Visita Pastoral y reciba un afectuoso saludo de su a. y cap. Q. B. S. M.

EL OBISPO DE PAMPLONA.»

No cabe elogio más cumplido.





IV

A manera de bibliografía

A dicha, no son la oración en honra del Cardenal don Marcelo Spínola y Maestre, y el discurso sobre «Jesucristo y la belleza», publicados por el autor ambos, las solas piezas de oratoria que se conservan de orador tan original y elegante.

Su sobrino, el presbítero don Antonio Ruiz de Vargas y Muñoz es poseedor de una numerosa colección de panegíricos, homilias, pláticas, sermones de novenarios, etc., etc. Según el decir del coleccionista, pertenecen estos trabajos a la primera época de su predicación. No nos ha sido posible examinarlos, ni tenían para nosotros el interés de los que guardan doña Concepción Muñoz Pabón de Soldán, hermana amantísima

del célebre predicador, en cuya compañía siempre viviera, y el culto beneficiado de la Catedral de Sevilla, don Jerónimo Gil Alvarez, cuyos sermones son todos de la segunda y mejor época, excepto uno referente a San Vicente Mártir.

Como oro entre algodones guarda doña Concepción Muñoz nueve cuadernos con los originales siguientes:

1.º Un sermón de las siete palabras, íntegro, predicado en la Iglesia de San José de la Villa y Corte, el Viernes Santo del año de 1910. Sumamente perfilado y literario, es de un hondo pensamiento teológico todo él. Lo compuso muy detenidamente y lo aprendió a la letra. En la tercera palabra hubiérase deseado más precisión de expresión, dado el auditorio. En la sexta, al presentar a Jesucristo como complemento de los mundos, parece dar como cierta la opinión de la «necesidad de la Encarnación» en la hipótesis de la creación del mundo, siendo entre los teólo-

gos mucho más probable y casi cierta la opinión contraria.

2.º La primera plática y el exordio de la segunda, de seis que debieron ser consecutivas sobre el tema: María Santísima participante de la paternidad de Dios Padre, y complementadora en el tiempo de esa paternidad. María, participante de la filiación del Hijo, y complementadora en lo eterno de la gloria de El; y María Santísima, finalmente, participante de la operación del Espíritu Santo, y complementadora de esta divina operación.

3.º Un septenario y panegírico de la Virgen de los Dolores, desarrollo de estas cuatro ideas: Los dolores de la Virgen María suponen: La mayor gloria de Dios; la gloria de Jesucristo en cuanto hombre; todas las glorias de la Virgen Madre; y la gloria, finalmente, de la humanidad.

Está solo el esquema, la línea de la argumentación.

4.º Quinario dedicado a la Pasión

del Señor. He aquí los puntos de los cinco días: El amor de Jesucristo soluciona el gran problema de la rehabilitación del género humano supuesta la caída: 1.º, decretando la pasión; 2.º, aceptando la pasión; 3.º, tolerando la pasión; 4.º, consumando la pasión; 5.º, perpetuando al través de los siglos la pasión en el augusto Sacramento del altar. En determinados pasajes sólo contiene el guión de la idea, verbigracia «Pintura del cuadro de la oración».

En el cuaderno en que se contiene este quinario, se lee a continuación el apunte de una plática sobre los azotes, que acaso le sirviese para la función principal.

Por último, encierra este precioso manuscrito el septenario a la Virgen del Valle, a que aludimos en la parte primera de este librito, y que versa sobre las figuras amigas que rodean al Salvador del mundo en la cruz.

5.º El primero y comienzo del segundo de los sermones de un septena-

rio doloroso. En el exordio del primero se lee un valiente elogio del libro de Job, estudiándose en él el dolor a la luz de la doctrina católica.

6.º Los apuntes de «seis humildes pláticas», así las nombra él, de un novenario a la Virgen; explicación clara y tersa de la salve, y los de la preparación de un mes de Mayo y de un panegírico de la Santa Cruz.

7.º «Septenario de Dolores, 1909». Debió ser el predicado en este año, en honor de la Virgen del Valle. Es un apunte detallado del septenario, que versó sobre estos pensamientos: 1.º, los dolores de la Virgen son sin culpa; 2.º, luego no son pena; 3.º, luego nadie, ni Dios mismo los ha podido imponer; 4.º, han tenido que ser aceptados libremente; 5.º, libertad en el padecimiento; 6.º, meritorios por consiguiente; 7.º, luego acreedores a condigna recompensa.

8.º Los diseños de cuatro pláticas sobre la redención, comentario de las palabras del salmo «Copiosa apud eum

redemptio». Con otra que no se conserva, debieron ser las predicadas en un quinario, acaso a la hermandad de Santa Marina de Sevilla; pues al hablar del grupo que se venera en el altar, parece describir el de esta Cofradía. Las ideas desarrolladas son: 1.^a La redención acaecida en el Calvario es universal, porque el dolor que es su precio, es total por parte de la víctima, Jesucristo. 2.^a Jesucristo es la víctima del pecado universal, por donde la redención que lleva a cabo tiene que ser universal. 3.^a La redención no sólo es suficiente, sino superabundante. 4.^a Doble servidumbre o esclavitud de que la sangre divina nos ha redimido.

9.^o Quinario del Descendimiento, predicado a esta Hermandad en su templo de Santa Marina de Sevilla en 1910. Son los apuntes, pero muy detallados y precisos de los cinco sermones. Trata la resurrección del Señor. Constituyen estos hermosísimos sermones una bizarra probanza de sus profundos conocimientos escriturarios.

A continuación de estos cinco, se halla el esquema de una plática referente también a la resurrección y que bien pudo servirle para la fiesta principal de la hermandad en el mismo año. Esta es su tesis: Jesucristo resucita en el sacerdote, porque éste es la perpetuidad de su palabra, de su poder, de su sacrificio.

Sigue el apunte de un lindo panegírico de Santa Inés, y cierra este manuscrito la novena de la Paz, cuyo tema fué la idea que cifra este nombre, la cual fué predicada en la Iglesia Parroquial de Santa Cruz de Sevilla, en el año de 1910.

* * *

Mi querido maestro don Jerónimo Gil Alvarez, persona devotísima de Muñoz y Pabón y muy su amigo, es dueño de los manuscritos de veinte sermones completos, predicados todos en grandes solemnidades. A saber:

1.º La homilía de pan y peces, predicada en el último ejercicio de sus oposiciones a la Canongía lectoral, en la Catedral de Sevilla.

Tuvo un éxito clamoroso. No es un trabajo exegético, pero sí una artística e insuperable visión de la escena evangélica; una clara, bellísima síntesis de los pensamientos capitales que contiene. Es bella en su exordio, en su desarrollo, en sus detalles, en sus apóstrofes...

Después de decir íntegro el texto del capítulo VI del Evangelio de San Juan, referente a la multiplicación de los panes y peces, prosigue de esta manera, en los siguientes lindos párrafos, en los que está trazada la figura de la argumentación:

«He aquí Excmo. y Rvmo. Sr.: Sr. Excelentísimo y hermanos amadísimos en J. C., he aquí el pasaje del Santo Evangelio que vengo a homilizar: pasaje en el que saltan a la vista tres acontecimientos culminantes: un milagro, una aclamación, una huida.

»Un milagro: el de hartar a una turba de cinco mil, contados al modo bíblico, con sólo cinco panes y dos peces, *im-*

pleti sunt; una aclamación al taumaturgo por el milagro, y aclamación para el trono, *hic est vere Profeta qui venturus est*; una huída por parte del taumaturgo que no quiere ser rey por aquellos trámites, *cum cognovisset Jesus quia venturi erant ut raperent eum et faceret eum regem, fugit iterum in montem ipse solus*.

»Pero noten qué contraste: Al retorno de su huída a lo áspero y bravío de la montaña, en el mismo capítulo de San Juan, empieza en la sinagoga de Cafarnaum a plantear las bases de su gran milagro: *miraculum miraculorum Christi*, como llama a la Eucaristía Santo Tomás; produciendo la mera enunciación de este milagro inaudito, enfrente de aquellas aclamaciones, un reproche, y enfrente de aquella huída de Jesús, la infame desbandada, la inícuca deserción de sus amigos.

»Un milagro: un reproche: una deserción: he aquí el resultado del anuncio del milagro eucarístico, del que es como

prólogo en el común sentir de la tradición católica el milagro de los panes y los peces, a que sirven de teatro las orillas del mar de Tiberiades.

»Un milagro: el milagro de sustancia sin accidentes y de accidentes sin sustancia apropiada; un reproche al profeta que lo anuncia y al taumaturgo que lo habrá de hacer: *durus est hic sermo*, y una infame desbandada de los mismos para cuya eterna ventura se prometía: *ex hoc multi discipulorum ejus abierunt retro et jam cum eo non ambulabant*.

»Pero ¡oh dicha! que en frente de los hijos de la sierva Agar nos alzamos como *verdes renuevos de oliva in circuito mensæ domini* los hijos de la libre: 1.º para participar del milagro supremo; 2.º para erigir un trono al taumaturgo; y 3.º para verlo, no huir de nosotros, sino antes, poner sus delicias en estar con los hijos de los hombres.

»Un milagro: la multiplicación eucarística; una aclamación al trono: el trono

de la hostia, el altar de la nueva alianza; y una total entrega del Dios sacramentado, que quiere ser nuestro rey y, no sólo no huye, sino que se nos da.»

He aquí la homilía en síntesis.

«Yo me encomiendo, Señor Excelentísimo, a vuestra ardiente caridad de padre, pues hijo vuestro soy: yo me encomiendo, Excmo. Cabildo, a vuestra indulgencia de Señor, pues en vuestra casa sirvo (1); a la vuestra, sacerdotes hermanos cuyo traje quiero no deshonorar; a la vuestra, seminaristas queridos, cuya educación y cultura es mi desvelo, y a vuestra hidalguía, en fin, nobles hijos de Sevilla, heredad de la Virgen de los Reyes, que me queréis como a hermano y a quienes pague el Señor en la proporción y como yo os lo agradezco. Ayudadme a implorar los auxilios de la gracia, por mediación de la Virgen, a quien saludaremos en su imagen de la

(1) Era a la sazón Cura Económico del Sagrario de la Santa Iglesia Catedral.

Sede con las palabras que en labios del Angel bajaron del cielo. Ave María...»

2.º El panegírico que sobre el dogma de la Inmaculada Concepción pronunciara en la Catedral de Sevilla, siendo canónigo, y cuya fecha no puedo precisar, aunque le oí; pero debió ser de los años 1910 á 1913. Es elocuentísimo, señaladamente en el exordio. Esta fué su proposición: El dogma de la Concepción sin mancha de la Virgen Madre es la mayor de las honras de Sevilla, porque 1.º Sevilla es la primera iglesia en confesarlo; porque 2.º Sevilla es la más denodada en defenderlo; porque 3.º Sevilla es la más entusiasta en celebrarlo.

Muy bien urdido y desarrollado, es de lo mejor del autor.

3.º Una breve y felicísima plática sobre el mismo dogma, que acaso se predicara en la octava de la festividad en la Catedral de Sevilla. Es una filigrana, un verdadero acierto. Seis cuartillas, no más, que en el púlpito debie-

ron ocupar veinte minutos, que parecerían instantes al auditorio.

4.º Otra plática que también debió ser predicada en análoga ocasión que la precedente, y cuya sustancia es esta: El misterio de su Concepción purísima, no es el mayor, ni con mucho, de los misterios de la Virgen Madre. Por encima de este misterio está el gran misterio central de su vida, generador de su historia y secreto inefable de sus predestinaciones: el misterio realmente divino de su maternidad. Pero el misterio de la Concepción sin mancilla es el que más enamora a las almas santas y el que causa más ardiente entusiasmo, porque en las entrañas de él palpita el gran desquite que ha logrado tomar de su tiránico dominador la raza que criada en amistad con Dios llegó a ser por malas artes de este enemigo hija de ira. Inspiradísima y original en extremo, esta plática no tiene desperdicio.

5.º *Cena eucarística*. Magistral homilía sobre la parábola que se lee en el

evangelio de San Lucas, del hombre que preparó una gran cena y llamó a muchos.

El desarrollo de esta homilía, llena de unción y salpicada de patéticos toques, puede presentarse como modelo de su manera de hacer. Esta es su síntesis: Dios deseando el altar, preparando el altar y llamando al altar. El enemigo de Dios, rodeando de obstáculos el camino que conduce al altar, y el ideal sublime del Señor realizado a la postre en el altar. Predicada en la Catedral de Sevilla en la octava del Corpus.

6.º *Sacrificio eucarístico*. Sermón que debió predicar en algún tríduo al Santísimo Sacramento, o acaso en alguna novena, pero desde luego en Sevilla, en sus postreros años de vida, y en templo que no fué la Catedral. Su lema: La Eucaristía es el recuerdo, pero vivo y palpitante del cruento Sacrificio del Calvario; por donde exige por parte nuestra el rendido homenaje de nuestro amor.

Termina con párrafos briosos y calidísimos llamando al pueblo sevillano a formar en las filas de la Procesión del Corpus de Sevilla. Son los períodos más tribunicios que conozco de él.

7.º *Lavatorio*. Sermón predicado en la Catedral de Sevilla, sin que pueda precisar su fecha. El anonadamiento del Dios-Hombre en el lavatorio, tiene razones que si no lo explican lo sinceran: son las tres señaladas por el mismo sagrado narrador de la escena, cuando dice, antes de empezar a pintar el asombroso cuadro: «sabedor Jesús de que el Padre le ha puesto en la mano todas las cosas, y que procede de Dios, y que se acerca el instante de su vuelta al Padre...» Este es el nervio del discurso, en el que despliega sus grandes conocimientos escriturarios. Este sermón es de los más nutridos de textos sagrados.

8.º Sermón sobre las negaciones de San Pedro, predicado en el tercer día de la novena al Señor de la Pasión, en el templo del Salvador en Sevilla, en Ene-

ro de 1908. Delicadísimo trabajo. La súplica, muy suya, dice así:

«Ojos, ojos divinos de la víctima inocente de la pasión: ¡una mirada vuestra, para tantos y tantos pedros como te hemos negado!

»Porque yo, Jesús mío, te he negado muchas veces, cada vez que he preferido mi interés a tu gloria, mi deleite a tus mandamientos, mis ruines egoismos a tu amor.

»Pero si bien es cierto, Jesús mío, que he pecado contra el cielo y contra tí, tú lo sabes también, nunca ha sido por perversión: mi pecado, como el de Pedro y como el de la inmensa mayoría de los hombres ha sido debilidad: que somos de barro, y el barro es barro... es frágil.

»Misericordia y una mirada que nos convierta; mira que tú has dicho que no quieres la muerte del pecador, sino que se convierta y viva. Míranos como a Pedro en el atrio del Pontífice: abre fuentes de lágrimas en nuestros ojos para

merecer por ellas verte en el cielo coronado de honor y gloria por tu pasión.»

9.º Sermón de la Ascensión, predicado en la Catedral de Sevilla, sobre el tema: «En medio la Ascensión de una resurrección por donde quiera gloriosa» y de un poder judicial, tanto más glorioso cuanto es más divino, la Ascensión es la síntesis de la gloria del Dios-Hombre.

10.º Sermón predicado el día de Pentecostés en la Catedral de Sevilla. Se aparta algo de su manera habitual de hacer, siguiendo paso a paso los comentarios de los Santos Padres. No lleva fecha.

11.º Un larguísimo sermón sobre la caridad de San Felipe Neri, predicado en la Iglesia de San Alberto de Sevilla, uno de los días de la novena celebrada en su honor. No lleva fecha, pero acaso lo pronunciara antes de ser canónigo. No presenta rasgo notable alguno.

12.º Otro, que versa sobre el mismo

tema, y en análogo lugar y circunstancias predicado. Es breve y bello.

13.º Sermón sobre la devoción de San Felipe Neri. Es mejor que los dos anteriormente citados en loor del Apóstol de Roma, y al igual que ellos fué predicado en la Iglesia de los PP. del Oratorio de Sevilla.

14.º Panegírico de San Juan Bautista, predicado en la Catedral de Sevilla. Formidable pieza oratoria, en la que se estudia la figura del Precursor en su misión profética. *Es profeta, y el mayor de los profetas*, fué su proposición. De admirable concisión y justeza, ocupa lugar sobresaliente entre los panegíricos.

15.º Homilía del evangelio de ceniza. Valiente, cálida, elocuentísima soflama contra la hipocresía. La predicó en la Catedral de Sevilla, sin que pueda precisar la fecha.

16.º Sermón de la Bula, predicado en la fiesta de su publicación en la Catedral de Sevilla. Es breve, claro y persuasivo. Ignoro su fecha.

17.º Panegírico de S. Vicente mártir. Apología del martirio. Algo declamatorio, pertenece, a no dudarlo, a su primera época.

18.º Panegírico sobre la realeza de María Santísima, predicado en la Iglesia Parroquial de S. Gil de Sevilla el 14 de marzo de 1913, en la función celebrada en la ocasión de bendecir la corona de oro purísimo ofrendada a la Virgen de la Esperanza por su hermandad y cofradía. Falta el final, y es lástima, porque es una filigrana. Ofició nuestro entrañable y leal amigo el cultísimo sacerdote don Miguel del Castillo y Rosales, a la sazón Provisor y Vicario General del Arzobispado, y bendijo la hermosa corona el Emmo. Cardenal Almaraz, a quien tanto y tanto ha llorado y echa de menos Sevilla.

19.º Sermón predicado en la Catedral de Sevilla en la fiesta de Todos los Santos el día 1.º de noviembre de 1904. Hermosísimo. Nada tiene que envidiar a los mejores de los célebres predicado-

res de «Notre Dame». Es de las piezas más felices salidas de su pluma, y desarrolló este tema: Los Santos se forman por la gracia, se ponen en potencia por las virtudes, y se consuman por las operaciones. Se predicó ante el Arzobispo D. Marcelo Spínola.

20.º y último. Otro predicado en análogos lugar y ocasión, pero sin que se pueda precisar fecha. El exordio es elocuentísimo, como podrá ver el lector:

«Idem Dominus omnium, dives in omnes qui invocant illum. Rom. X.

Uno mismo es el Señor de todos, rico para todos los que le invocan.

«Día es hoy, Emmo. Sr., de las grandes justicias del justo Juez; y de las grandes justicias asimismo de la institución más justa y más sin aceptación de personas que han conocido nunca ni podrán nunca jamás conocer las edades. Es el día de todos los santos.»

«Que todos los bienaventurados con culto hoy, no son sólo esos héroes es-

tupendos que han llegado al honor de los altares, verdaderos colosos de la divina gracia en los que la naturaleza como que desaparece por entero o se hace ágil y lúcida como la humanidad de Jesucristo en el Thabor: en esa turba magna que nadie había podido contar y que nos pinta el profeta del Apocalipsis de pie junto al Cordero están todos los que, no por no haber llegado a causar la estupefacción de las naciones han dejado de llegar al heroísmo... los mártires sacrificados en montón sin preguntarles el nombre, ni verles el rostro; los anacoretas de la soledad de los desiertos, sin Antonio Abad que los descubriera como a Pablo; los vírgenes de enmedio del bullicio de la vida, que sin voto que cumplir crucificaron su carne con todas sus concupiscencias, y se mantuvieron puros, como vara de nardos nacida enmedio de lo enmarañado del zarzal...; los uncidos al yugo del santo matrimonio que produjeron hijos para el cielo que era su gran

misión; los pecadores de todo género que con el sambenito de la infamia a cuestras expiaron su culpa en el patíbulo o esgrimieron sobre sus espaldas e duro látigo de la penitencia, hasta salir de las lágrimas de su contrición como dejan las aguas del bautismo...; las pobrecitas viudas que devoraron la soledad del alma y bebieron el cáliz de la miseria; los confesores de toda casta y tribu que se santificaron entre las fatigas del taller o entre los sudores de las faenas agrícolas...; los que se purificaron en el dolor anónimo o se acrisolaron en la calumnia; los que comieron el amargo pan de la persecución y del destierro o arrastraron la cadena de la servidumbre; los que se desposaron con la pobreza y la mendicidad o aceptaron otra cualquier cruz para seguir a Cristo; los que ayunaron con la faz lavada y la cabeza unguada, e hicieron oración en la oscuridad de su aposento; los que hicieron limosnas sin que ni su mano izquierda barruntara lo que su diestra

hacia; los que, para decirlo de una vez, porque no recibieron merced ninguna por parte de los hombres, justo es que la reciban por parte del Padre celestial que ve en lo oscuro y por parte de la Iglesia mediante la presente solemnidad litúrgica.

«Fiesta de todos los santos, o lo que es igual: conmemoración solemne del triunfo de todos los triunfadores. Bienaventuranza eterna para todos; igual para todos ellos, por razón de su objeto: diversa en cada uno, por razón de su medida, y justa y equitativa para todos por razón de los respectivos merecimientos.»

«Idem Dominus omnium, dives in omnes qui invocant illum.»

Ave María.»

.....

Pero aun cuando no se conservara ninguno de estos preciosos escritos, tendríamos elementos suficientes en las

propias obras literarias de tan peregrino ingenio que corren por esos mundos de Dios en prensa y en estampa, para apreciar la rara aptitud que poseía para la composición de los sermones. Porque en diferentes novelas suyas hace intervenir a celosos sacerdotes que cuando hablan predicán. Sí, sermones, y sermones muy suyos son los que el cura endilga a *Paco Góngora*, por ejemplo, en la novela de este título. ¿Y qué falta en *Temple de Acero*, a cuanto el cura de Pimpollares dice a la Viuda de Diosdado sobre el matrimonio entre cristianos, para ser una formidable oración sagrada? Sin olvidar el encantador sermoncito del Sr. Cardinal que cierra la preciosa «novelilla de trapo» *Exposición de muñecas*, con su texto sagrado por cabeza, y sentidísima deprecación por remate. Por último, el folleto intitulado *El Cristo de Limpias*, da idea exactísima de su dialéctica y aun de la modalidad de su oratoria.

Y aquí hago punto final, porque no quiero que este librito tenga, ni aun en la apariencia, forma de otra cosa que de modesto ensayo, siquiera resulte más largo de lo que en un principio me propusiera; pero es tan consolador el tejer el elogio del fiel amigo muerto...

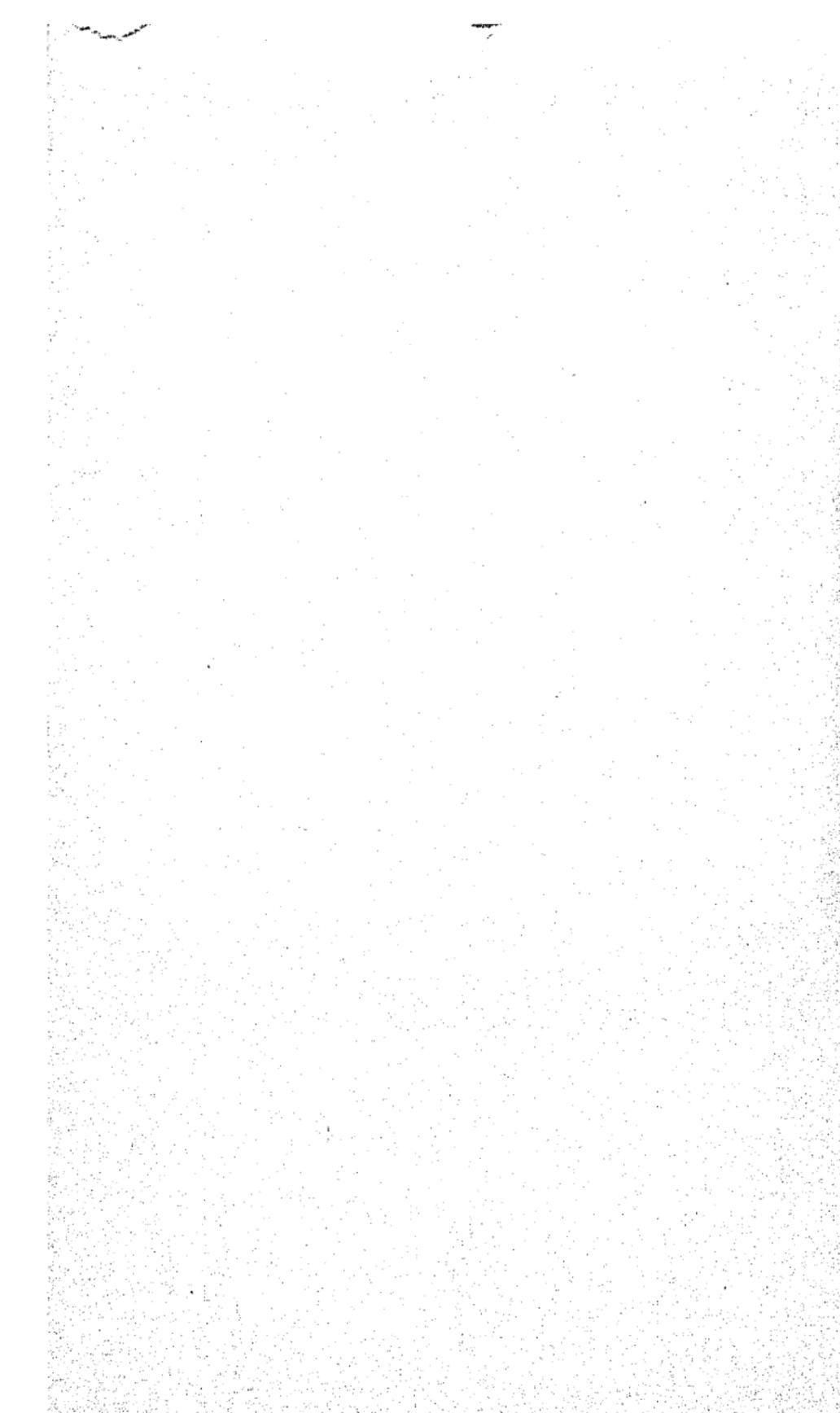




ÍNDICE

Portada (cubierta).	
Anteportada	1
Portada.	3
Dedicatoria	5
Notas de un fiel auditor	7
Apuntes históricos	38
Por los fueros de la justicia	45
A manera de bibliografía	64
Índice	89
Colofón.	91





ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTE LIBRITO
EN SEVILLA, EN LA IMPRENTA
DE SOBRINO DE IZQUIERDO,
A XXIV DE SEPTIEM-
BRE DE MCMXXX.
LAUS DEO.